

REFLEXIONES PARA EL 15º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO ~ 16 de julio de 2023

El Monte ~ La Residencia de Littledale

Las lecturas de hoy, tan familiares para nosotros, encierran abundantes reflexiones ecológicas. Arraigadas en el profeta Isaías, los Salmos (Salmo 65), la carta de Pablo a los Romanos y el Evangelio de Mateo, las lecturas giran en torno a la palabra de Dios y a todos los que escuchan la palabra de Dios.



El sembrador al atardecer, van Gogh

En la lectura de Isaías, probablemente escrita durante la época oscura del exilio babilónico, tenemos una rica imagen de un ecosistema y de la palabra de Dios que nos enseña lo que podemos aprender escuchando de verdad la interdependencia de todo ser material. Jesús utiliza este mismo enfoque cuando relata la parábola del sembrador y la semilla en los Evangelios de Mateo, llamándonos dos veces a "escuchar" (Mt 13:3, 9). El salmista nos ofrece una imagen de la extravagante creación de Dios. Pablo utiliza dos imágenes de una creación que gime: una con poca esperanza y

otra rica en esperanza. Los cuatro escritores entrelazan la palabra de Dios y la ecología integral.

El Señor habla en Isaías (55,10-11) y conecta en un hermoso tejido la lluvia y la nieve que caen sobre la Tierra, la Tierra que brota, el sembrador que pone la semilla y los que se nutren de la semilla llegan a crecer plenamente. Para nuestro asombro, Dios continúa diciendo que prestar verdadera atención a esa interdependencia entre toda la creación nos ayuda a conocer mejor aquello a lo que Dios nos invita a convertirnos. Mirar con ojos ecológicos se convierte en la forma de saber quién es Dios y quién nos llama a ser. John Philip Newell cita al filósofo y teólogo irlandés del siglo IX, Juan Escoto Eriúgena, que nos enseña:

Hay dos libros a través de los cuales Dios habla. El primero es el libro pequeño; físicamente pequeño, es el libro de la Sagrada Escritura. El segundo es el libro grande, el texto vivo del universo, que incluye las grandes luminarias de los cielos, el sol, la luna y las estrellas; la tierra, el mar y el cielo; las criaturas de todos estos reinos; y la multiplicidad de formas de vida que crecen de la tierra. Necesitamos leer ambos libros, el texto sagrado de las escrituras y el texto sagrado del universo. Si sólo leemos el libro pequeño, nos perderemos la inmensidad y lo salvaje de la expresión, todo vibrando con el sonido de lo divino. Si leemos sólo el libro grande, corremos el riesgo de perdernos la intimidad de la voz, porque el libro de las Escrituras nos llama a la fidelidad en las relaciones, incluida la fidelidad a los extranjeros, los refugiados, las viudas y los más pobres de entre nosotros.

El salmista habla de la creación íntima de Dios, no de una sola vez, sino de una creación continua: visita la Tierra y la riega, la enriquece, riega sus surcos abundantemente, asienta sus crestas, la suaviza con lluvias, bendice su crecimiento. El toque personal de Dios conduce a una Tierra coronada de generosidad, sus caminos y pastos



rebotantes de riqueza, sus colinas ceñidas de alegría, sus praderas vestidas de rebaños y sus valles engalanados de grano. La respuesta de la Tierra es gritar y cantar de alegría. La vivacidad y vitalidad de estas imágenes, sin presencia humana visible, es un fuerte recordatorio de que Dios ama y valora toda la creación.



La creación gime

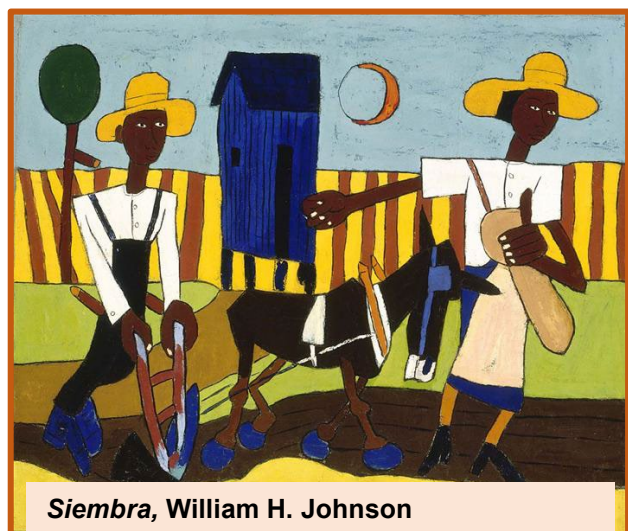
Pablo muestra la otra imagen de la creación, que ya no grita y canta con alegría, sino que gime mientras espera la libertad por la que se alegra el salmista. En su carta a los Romanos, Pablo nos recuerda que la creación, ahora esclavizada, espera ansiosamente esta libertad (Rom 8,19). Sólo las experiencias de esta última semana -temperaturas

récord en todo el planeta, inundaciones extremas, tornados en lugares insólitos, erupciones volcánicas, incluso el desplazamiento del eje de la Tierra a causa de nuestro mal uso del agua- son tristes recordatorios del papel que desempeñamos los seres humanos en el deterioro de la Tierra, en su sometimiento a la esclavitud de la que habla Pablo. Pero hay esperanza. Pablo modifica la imagen de una creación que gime, la conecta directamente con nuestro gemido como humanidad y lo compara con los dolores de parto de una mujer. Nosotros -toda la creación- esperamos juntos con esperanza un nuevo nacimiento, una nueva vida.

En el Evangelio de Mateo, Jesús utiliza la maravillosa forma artística de la parábola para intensificar estas lecciones de Isaías y del salmista y para preparar la posterior interpretación que Pablo hace de su enseñanza. Desde un punto de vista interpretativo, sabemos que la parábola en sí (Mt 13,1-9) se escribió primero y la interpretación (Mt 13,18-23) se escribió después (¡por si nos habíamos perdido la lección que Jesús estaba enseñando!).

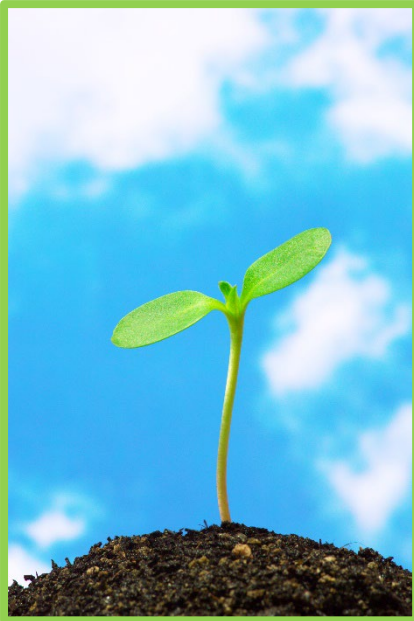
En esta parábola, sabemos que el sembrador es Dios, las semillas son la palabra de Dios, y el terreno somos todos nosotros. Como se trata de una parábola, como explica Jesús en los versículos 10 a 17, sabemos que tenemos que ver y escuchar más allá de lo obvio. ¿Es Dios el Sembrador el rico propietario de magníficas granjas con muchos esclavos que ponen las semillas y recogen la cosecha? No, aquí tenemos a Dios Sembrador que está muy cerca de la tierra, poniendo las semillas y, podemos imaginar, recogiendo la cosecha.

El sembrador esparce esa semilla con abandono, abundantemente. ¿Un sembrador cuidadoso desperdiciaría la semilla dejándola caer donde no puede tener ningún efecto? ¿O es posible que el sembrador quisiera que la semilla cayera sobre espinas obstinadas, rocas inmutables, suelos poco profundos, terrenos desprotegidos y caminos descuidadamente hollados? ¿Sabía el sembrador que los pájaros y los ratones se alimentarían de las semillas



Siembra, William H. Johnson

caídas, que algunas de las semillas en el suelo rocoso o entre las espinas encontrarían un lugar para crecer y traer nueva vida a esos lugares aparentemente estériles?



Como nos dijo Isaías en la lectura anterior, la palabra de Dios viene con un propósito, con una intención. Tiene una misión que cumplir allí donde es acogida. Así como el sembrador echa la semilla en un terreno que no se consideraría fértil, así también la palabra de Dios se esparce generosa y deliberadamente en lugares que nunca imaginaríamos. ¿Cuántos de nosotros vamos por caminos que no nos llevan a lugares sanos y saludables? ¿Cuántos de nosotros vivimos vidas superficiales, atendiendo a cosas que tienen poca profundidad o significado? ¿Cuántos de nosotros estamos en lugares de espinas y tormento? La escritora espiritual, Suzanne Guthrie, lo expresa de una manera profunda: "Ya no pienso en las espinas, las rocas, los caminos, los pájaros como 'otros', con nosotros, cristianos agradables, como la tierra fértil. Encarno la infertilidad, el dejar al azar, las espinas imposiblemente obstinadas, las rocas inmutables, el suelo poco profundo, la tierra desprotegida, los senderos descuidadamente hollados abiertos de par en par a los ladrones alados y a los

ladrones de madriguera".

¿No es aquí donde más se necesita la palabra de Dios? No importa cuántas veces muera la semilla de la palabra de Dios en estos lugares, Dios nunca dejará de derramar las semillas, con la esperanza de que un día la semilla cobrará vida? Para aquellos de nosotros que creemos que somos el suelo fértil en el que la palabra de Dios es escuchada y atendida, sabemos que nuestras actitudes demasiado a menudo mojigatas son un suelo poco profundo que también necesitará la palabra vivificante de Dios. El Papa Francisco lo dice bellamente:

Esta Parábola del Sembrador es, en cierto modo, la "madre" de todas las parábolas, porque habla de la escucha de la Palabra. Nos recuerda que la Palabra de Dios es una semilla que en sí misma es fecunda y eficaz; y Dios la esparce por todas partes, sin reparar en desperdicios. Así es el corazón de Dios. Cada uno de nosotros es terreno en el que cae la semilla de la Palabra; ¡nadie queda excluido! La Palabra nos es dada a cada uno de nosotros. Podemos preguntarnos qué tipo de terreno soy. ¿Me parezco al camino, al pedregal, al zarzal? Con la gracia de Dios, si queremos, podemos convertirnos en tierra buena, arada y cultivada con esmero, para ayudar a madurar la semilla de la Palabra. Ya está presente en nuestro corazón, pero hacerla fructificar depende de nosotros; depende del abrazo que reservemos a esta semilla.

Ron Rolheiser omi refleja este mismo mensaje y nos reta a convertirnos en sembradores a nuestra manera:

El Sembrador, Dios, a quien Jesús describe, no es una persona calculadora que siembra su grano cuidadosa y discriminadamente sólo en tierra digna. Este Sembrador esparce semillas indiscriminadamente por todas partes: en el camino, en los arbustos, en las rocas, tanto en tierra estéril como en tierra buena. Tiene, al parecer, semillas ilimitadas y por eso trabaja desde un generoso sentido de la abundancia y no desde un vigilante sentido de la escasez. . . Dios, por todo lo que podemos ver, es tan rico en amor y misericordia que puede permitirse ser derrochador, excesivamente generoso, no calculador, no discriminador, increíblemente arriesgado y de un corazón más grande de lo que imaginamos. Pero, si conscientes de la abundancia de Dios, exhalamos generosidad y perdón, respiraremos el aire de la

generosidad y el perdón. Volvemos a inhalar lo que exhalamos. De esa abundancia obtenemos un sol que es generoso y un universo que es demasiado enorme y pródigo para ser imaginado. Ese es un reto no sólo para la mente y la imaginación, sino especialmente para el corazón: que se vuelva enorme y generoso.

Este 16 de julio celebramos los aniversarios de las Hermanas de la Misericordia que hicieron su profesión perpetua ese día. Hay un poema-oración de Steve Garnaas-Holmes, "El amor se desperdicia", que habla de la visión a la que aspiran las Hermanas cuando tratan de responder a la palabra de Dios derramada sobre ellas por el Dios de la Misericordia:

Todo amor se desperdicia.
No es una inversión inteligente.
No es una herramienta poderosa.
Se regala,
sin pensar en el beneficio o el resultado.

A menudo es tragado por la ingratitud,
o cae en heridas abiertas,
o se siembra entre el mal y el odio
donde ningún amor puede tener éxito.
El amor se malgasta alegremente con los que no saben,

en los ingratos, en los que no lo merecen.
Incluso tu amor por alguien querido es un desperdicio,
porque su amor sólo puede ser un regalo, no un retorno.

Pisamos las semillas
del amor divino.
Diariamente salimos a sembrar derrochando,
esparciendo tanto amor como sea posible.

Esta semana, exhalamos generosidad y perdón e inhalamos el aire de la generosidad y el perdón.

Sembremos sin derroche, esparciendo tanto amor como sea posible. Alegrémonos de ser uno en la sagrada comunión de toda la creación en la que la palabra de Dios crece y se difunde cada día.



Sembrador salió a sembrar,
mural rumano